

## LA ALQUITARA AÑO 2041 DESPUÉS DE JESUCRISTO

Fabián, J.F.

Año 2041. España y todo no van ya bien, van de miedo, es que están que se salen. Al viejo presidente Aznar le sucedió, hace ya algunos años, su hijo Alonsito, ya maduro y también con bigote, situándose con él, como vicepresidente, el Casquín chico, el hijo del anciano Cascos. El hermano menor del portavoz del flequillo rebelde quedó de vicepresidente 2º y de 3º la chica pequeña de Rato.

La mejor novedad de estos tiempos de mediados del 2000, lo que singularmente caracteriza a España, es su operatividad, su capacidad de reacción ante lo inútil, que además en muchos casos hasta ahorra dinero, de lo cual se sigue tratando, como si el estado se tuviera que comprarse un piso. No tenía sentido votar cada cuatro años para nada. Siempre ganaban los mismos, se gastaba dinero en papeletas, se fastidiaba a la gente los domingos y se le daba oportunidad a los abstencionistas de subir la moral del adepto. Así que se cortó por lo sano: cada quince años una votación y sino se veía cambiar la cosa, cada treinta. Y el que gane ganó y el otro que se la envaine. Es la bomba. Lo que fue más preocupante es que la oposición aceptó sin problema la reforma, viendo que cada cuatro años se les notaba más lo de la pérdida de votos y eso no era plan. Un palo cada cuatro años deja agotado a cualquiera. Cada quince ya es otra cosa. Además -porque todo hay que decirlo- en la izquierda y sobre todo en el PSOE seguían debatiendo en un tuya-mía/tuya-mía y en ello iban los del PP, que siempre están de acuerdo en lo esencial, le quitaban el balón y le metían otro gol por toda a escuadra. Irían ya por lo menos 30-0. Un palizón. Por tanto lo de las elecciones cada quince años convenía a todos. No eran medidas como las de Fujimori, no.

A todo esto Béjar en el 2041 todavía no había desaparecido físicamente. Tranquilos. Pero no era la misma. Bueno, no llevaba siendo la misma desde hacía setenta años atrás, pero ahora lo era menos todavía, porque en todo se avanza. La reestructuración urbana de las ciudades llevó, años atrás, a la promulgación de una ley por la que o todo estaba bien conservado y servía para forrarse

con el turismo cultural o se hacía un plan de reestructuración y se cortaba por lo sano. Pues buenos eran los del PP para estas cosas. Claro, con esto Salamanca, Toledo, Candelario, Sevilla o Granada se salvaron, pero en Béjar, como quedaban cuatro cosillas ya sólo desde la Puerta de la Villa a la del Pico, hubo que tirarlo todo y reconvertir el cerro donde estuvo el Béjar antiguo durante tanto tiempo en un campo de golf. Lo dejaron como una alfombra desde Óptica Simón hasta Picozos, en donde colar la bola por la Puerta de la Traición eran 30 puntos. Ojo, aquí venía todos los años a jugar en el Master de la Virgen, en septiembre, el chico mayor de Ballesteros, que no era paja. Sólo dejaron las iglesias, porque también tirarlo todo no está bien. Pepe Muñoz se cabreó y la gente del Grupo San Gil, pero claro, les tuvo que decir el alcalde que a ver de qué iban, que si tanto sabían sobre lo que hacer con las cosas que se pusieran ellos, y les dijo Pepe que les gustaría pero que no sabían porque pero que a ellos no les votaba la gente y el alcalde les replicó que allá películas, que eso es la democracia, que se fastidiaran y que le dejaran en paz. Y claro, como esto es verdad se pusieron depres. La gente les decía "*Venga, machote, que tú vales, sigue*" y tal, pero luego votaban otra cosa. En fin, la vida misma.

Volviendo al tema: Barrionuevo se tiró todo y se construyeron unas plataformas elevadas de diseño para lanzarse al río en parapente, que por lo visto era un morbazo, como lo del puenting, pero que estaba dando algunos disgustos porque cada dos por tres se despiñaba alguno contra las estribaciones del Ventorro de Pelayo y para despegarlos de los pedruscos que hay allí era luego un número, y una pasta por el turismo, aunque por lo visto compensaba. A la gente le gustaba ver estamparse en las rocas a los parapentistas. Los tiempos que eran así.

A todo esto la sociedad del bienestar hace tiempo que se fue poco menos que al garete. A ver: al garete-garete, lo que se dice al garete, no se había ido, porque hubiera quedado mal la imagen. Un país ya del G-8 sin sociedad del bienestar... hombre, por Dios. Pero casi se había ido al garete o era un garete escrito en cursiva. El caso es que aquello de antaño, aquella sociedad que se jubilaba a los 65, que tenía lo de sanidad para todos, el subsidio de desempleo, la escuela pública marchando y tal, de aquello ya sólo trazas. Un

ejemplo: una disposición gubernamental había marcado que las pensiones se dieran en especie: tabaco, en concreto Bisonte sin filtro o 1-X-2 con filtro y cazalla, a razón de lotes de chupitos diarios según lo machote que se acreditara el jubilado en cuestión. Sin receta médica ni nada, a discreción. Y ya se sabe como son los jubilados cuando lo regalan. El anciano Caldera, Jesús, que fue mucho tiempo diputado y ahora vivía escondido en La Centena con una barba de medio metro, completamente senil, como tantos de su generación, pensando que le perseguían los del PP y que tenía que hacer una gesta como la de los hombres de musgo, bajaba de noche y sembraba el campo de golf de octavillas donde se decía que la medida de dar Bisonte y cazalla era una forma encubierta de la eutanasia que no querían legalizar. Tenía Caldera con sus octavillas a los barrenderos hasta el gorro. Con decir que ya todos votaban al PP por jorobarle... Bueno, pues así las cosas le gente tenía que buscarse la vida a partir de cumplidos los 65 para pagarse el día a día que le quedaba.

Con este panorama que digo surgían de vez en cuando ideas geniales para ganarse unas pelás, que ponían en entredicho la teoría de que la tercera edad es un tiempo de declive intelectual. Atención, esto se dio en la Calle Gerona, que por esta época se llamaba ya Paseo de don Alejo, rematando en el Puente Nuevo en una imponente estatua ecuestre de siete metros. Un grupo de ancianos de la ciudad, miembros de la asociación de jubilados *LOS IN*, con sede en una residencia de ancianos ubicada en la antigua fábrica de La Tesa, reciclada al efecto, tuvo la idea de resucitar un viejo programa de finales de siglo titulado *El Gran Hermano*, que tuvo mucho tirón popular. Planificado todo y con el título de *El Gran Jubilado*, arrendaron el Alquitara a un hijo de Javi Paso, que lo tenía como museo de época. Hay que decir que Miguel Paso, que seguía soltero, había sorteado el bar entre los sobrinos y le había tocado en suerte al mayor de Javi Paso, al Jose. Y el hijo de Javi Paso, el Jose, que era un lince, oliéndose el negocio, se convirtió en productor de *El Gran Jubilado*, además de alquilarles el local y subvencionarles las pastillas y todos los supositorios de glicerina que necesitaran. Y de paso se forró para toda la vida y le dejó a su padre y a sus tíos Miguel y J. Antonio pagada la residencia de por vida, cosa que en

algunos no le supuso mucha pasta, porque allí pagaban según la cantidad exacta que comían. Javi, su padre, en concreto seguía sin rebasar lo que había sido el récord de toda su vida: 28 fideos por sopa de cocido y 9 garbanzos con media hoja de repollo hervido de segundo; sin carne, ni relleno, ni postre ni nada.

Hubo que hacer algunas reformas externas nada más. En el lugar de la antigua fachada del Alquitara, se colocó una gran hilera de cabinas individuales consecutivas a las que se accedía, como en las de sexo-voyerismo, metiendo unas monedas por tiempo. Y dentro del Alquitara, con la misma ambientación que lo que fue a finales del siglo XX, un grupete de jubilados ilustres en su salsa que entraban a las 12 de la mañana y salían a las 2 de la noche, agotados pero jubilosos con su perrillas. Incluso les esperaba la gente y aplaudían unos y querían pegar a otros. Un número. Pero también un negocio para Béjar, que entre esto, el complejo turístico de La Covatilla, las barriadas de chalets adosados del Calvitero con vistas a Béjar, el acondicionamiento del río para bajar desde Candelario en fueraborda, los multicines, el Prica y el bingo del Bosque, el campo de golf del casco antiguo y lo del parapente de Barrionuevo con caída al río, con todo eso se había convertido Béjar en poco más o menos que lo que era el Puente Congosto un domingo en los años setenta, un hormiguero. Para que luego viniera diciendo Pepe Muñoz que si tal y que si cual, hombre.

Venía gente de todas partes, de Zamora, de Orense, de Palencia, de Puerto de Santa María, de Don Benito, de Soria, hasta trajeron a una excursión de hijos de excombatientes republicanos en gira por España a ver a aquella tropa de jubilados tomando su tintogás con tapita de callos, sus cazallitas después de comer hablando de sus cosas, con lo suyo, pero ya con las cabezas un poco para allá. Miguel Paso y sus hermanos J. Antonio y Javi, los tres con un peluquín sintético marrón del Prica, de los de lleve tres peluquines y pague dos, regentaban un poco la cosa. Allí estaba Chema Díu, gagá total, todo el día preparando brebajes que o te bebías a la fuerza o te tiraba la dentadura postiza a la cabeza. Así, el tío. El pobre Alberto Segade estaba ya un poco para allá, el hombre, siempre con un micrófono apagado haciendo entrevistas a las personas, a las sillas, al aparato de las cañas o a lo que pillara e

incluso así mismo. Hasta que se quedaba sin voz. Lo de ser abogado y mayor debía tener alguna relación con estar un poco más para allá de lo normal, porque Juanjo Estévez le quiso meter un paquete a Pipe Comendador, que el hombre no se metía con nadie, todo el día escribe que te escribe églogas y sonetos en un rincón y todo porque le pilló un verso que titulaba: “¡Ay tu pezón!”. Hombre, por Dios, si Juanjo había sido siempre progresista. El caso es que entre los dos abogados jubilados que he dicho y, otro más, Rafa Muñoz, que iba algunas tardes a hacer horas al Gran Jubilado, crearon un cierto clima de tensión que a aquellas edades no era bueno y desembocó, por ejemplo, en que a Edu Izcaray le pisaran a mala leche el audífono que se le había caído y encima le dieran un bastonazo en la nuca por la espalda, porque éste a su vez le había descolocado a mala uva (decían) el peluquín a J. Antonio Paso, empeñado, éste, en que tenía que cantar lo que cantaba en los setenta con Anabella, Emilio, Juan Caldera y Manolo *Chinche*. Y es que ni el mismo J. Antonio se sabía ya las letras y empezaba con lo suyo pero luego seguía con una de Jaime Morey o se empezaba a tirar su eterno farol, el de siempre: que él le había enseñado a Julio José Iglesias todo lo que sabía. Anda ya, farolero. Y, además, es que se le caía la dentadura al suelo cada dos por tres y si daba la casualidad de que Chema Díu se la había tirado como de costumbre a alguien, hasta las confundían y luego no hablaban lo mismo. Claro, cada dentadura es para su boca correspondiente. Un desastre. Menos mal que Luís, el médico, seguía siendo buen chico y cuando veía las cosas ponerse tensas, les colocaba una pastilla de lo que fuera en el tintogás y volvían las cosas más o menos a su sitio. Aunque todo hay que decirlo: para que Luís estuviera centrado y poder dar la pastilla adecuada, antes tenía que ir su señora Concha cada dos horas a darle a él una o ponerle un par de supositorios.

Cierto es que con Carlos Castaño no podía ninguna pastilla conocida por Luís, pero tampoco era tan molesto oírle proclamar la república de tarde en tarde, aunque no se le entendía bien porque no le quedaba un diente en pie y se había negado a ponérsela postiza. Decía que era de monárquicos. (No sé qué tendrá que ver, pero bueno). Pero quizá lo de Gabriel Cusac era lo más criticable, por lo que tenía de explotación. Por contrato estaba obligado a pasar

unas horas encerrado en una especie de jaula con un cuaderno y un bolígrafo. Los espectadores le proponían un tema o tres personajes y él tenía que inventarse una historia estrambótica en diez minutos. Y luego la pasta iba para la fundación *Béjar A Más*, controlada desde el Ayuntamiento. Como Cusac había sido rojo, o aceptaba la cosa o no le dejaban entrar en el asilo. El pobre tenía que tragar y escribir lo que fuera. No le importaba, pero claro, era a la fuerza. ¡Poco que tiraba Caldera octavillas denunciando esta injusticia, eh! Claro, como Cusac fue concejal por IU... Para creer en los demócratas. Por cierto, mujeres en el Gran Jubilado ninguna, que decía el alcalde que lo mismo se ponían allí los viejos a darse el lote. ¡Pues no te fastidia!